

CAPÍTULO VII

SU MUERTE

SUMARIO

1. La cara de la tragedia.....	VII-1 / 215
2. Mi vida a partir de la suya.....	VII-2 / 216
3. Mi padre el gimnasta.....	VII-3 / 217
4. El hijo del gimnasta.....	VII-5 / 219
5. La vida continúa. Y termina nuevamente.....	VII-7 / 221
6. Mentira y verdad. Andalucía. Moral luterana. La lógica de mis viajes.....	VII-9 / 223
7. El escritor y su tecnología en viajes.....	VII-11 / 225
8. No hacer nada.....	VII-12 / 226
9. El miedo a mis notas.....	VII-14 / 228

Capítulo VII

SU MUERTE

1. *La cara de la tragedia*

Tenía 68 años. Todo ocurrió al mismo tiempo, a las seis de la tarde del 22 de diciembre de 1971, aunque no pueda ser descripto sino por instantes sucesivos.

Papá dijo:

— “Me muero...”

Las comisuras de sus labios marcaron entonces la máscara de la tragedia en el teatro griego, mi madre extendió de inmediato su mano para bajarle los párpados y cubrir unos ojos que no alcancé a ver volcarse hacia el infinito y yo pensé, en tributo interior,

— “Descansa en paz, papá, porque tu objetivo en la vida se ha cumplido.”

Me acuerdo bien de la primera parte de esta reflexión, la segunda es aproximada. Mi padre dedicó su vida a tratar que sus hijos hicieran de sus vidas mucho más de lo que él pudo hacer, para sí, de la suya. Todo su enorme esfuerzo y trabajo tuvo esa sola finalidad.

Ver también *supra*, pp. II-10 / 87 *in fine* y II-11 / 88.

En los siguientes capítulos no se encontrarán muchas referencias directas a él, pero es claro que el motor de mi existencia se configuró en aquel maravilloso espacio común de nuestras vidas superpuestas.

Ruego al lector que no piense que este relato dedicado a mi padre y en suma a todos mis seres queridos termina con su muerte. Por eso cuento también momentos del presente que encuentran su misma raíz en el pasado de mi niñez y juventud con él.

Él recordaba una lápida que supuestamente decía:

—“Aquí yace un hombre cuyo hijo fue más grande que él y cuyo nieto fue más grande que ambos.”

Aquí estaba también un segundo mandato no verbalizado. Ése era quizás su objetivo central, que sus hijos y sus nietos fueran más grandes que él. Cuando pienso la trayectoria que me ayudó a recorrer en relación a la suya, me doy cuenta que jamás hubiera tenido la inteligencia, imaginación y creatividad para hacer algo parecido por mis hijos, pero al menos ellos tienen una vida mejor que la que él tuvo. El efecto de sus actos ha trascendido la primera generación y, con certeza, también lo hará en las siguientes.

Recuerdo poco o nada del velatorio, nada más haber ido antes a comprar el ataúd y luego estar acompañado por RAÚL DE ZUVIRÍA y JORGE A. SÁENZ.

Sí recuerdo los posteriores días de silencio y lágrimas compartidos en inmovilidad con mi madre.

2. *Mi vida a partir de la suya*

Esto no significa que yo viví su vida deseada y no la mía, pues la suya era que yo viviera la mía lo mejor que pudiera, en mis propios términos. No me alcanza el sabio pensamiento de STEVE JOBS en su conferencia de 2005 en Stanford, “Vivan su propia vida, no la de otros.” Supongo que se refería a que sus mayores querían que terminara la Universidad y él decidió no hacerlo; mi padre quería que hiciera la universidad y lo hice llegando hasta profesor titular, decano, finalmente profesor emérito, repetidas veces miembro de la Comisión de Doctorado, también miembro de la Comisión de Post Doctorado y por último Director del Post Doctorado, pero en cada ocasión di más importancia a la formación para-sistemática que a la sistemática.

Nada de eso fue fácil en un contexto adverso.

Mi padre no depositaba su fe en la Universidad como fin sino como medio. Sus palabras eran:

—“Lo único que te voy a dejar va a ser un diploma, porque a ése no te lo vas a gastar ni jugar a la ruleta.”

De esa frase, nunca olvidada, viene mi poco afecto por el casino y otros juegos de azar.

Hebe murió en un parto que su conciencia le impidió abortar, de un infarto a los 43 años, a igual edad que lo hizo, también por infarto, mi abuelo paterno. La hija de Hebe, muerta en el parto, descansó a sus pies en el mismo ataúd; fue enterrada con ella.

Mi padre, arrastrando enfermedades no bien tratadas, llegó a los 68 años; mi madre, a los 83. Yo, a los 75, estoy preparado y comenzando, sin ningún apuro, à

dire mes adieux. Pero antes necesito contar a mis seres queridos al menos aquello que me hubiera gustado que mi padre supiera.

He vivido la calidad de vida que él hubiera querido que viviera: Intensa, cultivada, sincera, auténtica, libre, útil, cómoda, sin temores y que él ayudó a construir durante más de treinta años. Lo sigue haciendo desde la tumba.

La estrofa de VERLAINE:

—*Vous que voyez la lumière,*

—*¿Vous souvenez—vous de moi?*

tuvo y tendrá categórica respuesta en cada instante mío bajo la luz del sol.

Estas páginas son pues un tributo escrito a su sabiduría, sacrificio y amor, además de inteligencia y visión de futuro para sus hijos y los hijos de sus hijos.

3. *Mi padre el gimnasta*

Mi padre intentó fugaz y, me parece, algo salvajemente, hacer de mi hermana mayor una atleta. Fracásó, igual que conmigo con el piano. Ni siquiera intentó el atletismo conmigo. O sabía de antemano que era inútil, pues fui la contracara de su cuerpo trabajado, musculoso, como atleta de olimpiadas (hacía anillas, p. ej. y toda clase de aparatos olímpicos), jamás gordo pues su musculatura consumía cuanta caloría ingeriera.

En todo caso, él no era de mucho comer en relación a su musculatura; asado los fines de semana, hasta donde recuerdo. Gozaba con la parrilla y (a los seis o siete años) me subía a su regazo cuanto estaba en la mesa, por propia determinación y con una servilleta secaba la transpiración que perlabo su frente.

No era la pimienta ni los picantes, pues los consumo en abundancia y los conozco: *Era la emoción de comer*, que también conozco, sin transpirar pero con un perceptible aumento de la temperatura corporal.

Advertí con insistencia de este *karma* a mis hijos y hacen la necesaria gimnasia y comen lo suficientemente lento y poco como para ser flacos. Aproximándose cada uno al medio siglo de vida, nunca han sido gordos. Ojalá nunca lo sean, prolongará sus vidas.

Soy consciente que no quise pasarles a mis hijos el problema con la comida que heredé y no pude superar, pero también que mi pasión por aprender y leer viene dada por los valores que me marcó mi padre, aunque él no pudo disfrutar de ellos.

Estoy seguro que el estudiar me fue transmitido por él y no era una carencia suya que yo debía suplir para él, sino una difícil lección que me enseñaba temprano; igualmente que la falta total de vocación por el ejercicio físico viene también de él y allí sí era un trauma que quizás arrastró por haberse ejercitado demasiado,

sin compensación tangible en la vida. No hubo palabras intercambiadas entre nosotros, solo comunión espiritual.

Construyó en su juventud una musculatura prodigiosa y fue una cruel ironía del destino que resulté "beneficiario" de su invalidez, a mis 17 años, cuando tramitamos con éxito mi excepción al servicio militar obligatorio.

La Junta médica evaluó en un 90% su discapacidad, pero creo que deben haber tomado en cuenta su probable argumentación, que yo lo necesitaba para no interrumpir mis estudios haciendo el servicio militar obligatorio.

Sé que fue un momento bastante conflictivo para él, pues era *partidario* del servicio militar obligatorio cuya eximición estábamos tramitando para mí.

Argumentaba que lo necesitaban las capas menos incluidas en la sociedad, jóvenes que bajaban de la montaña sin instrucción alguna, ni siquiera primaria, a comienzos del siglo XX.

En Suecia hay servicio militar obligatorio por igual para hombres y mujeres. En el cambio de la guardia del palacio real es interesante ver desfilan primero jinetes de ambos sexos, luego músicos a pie ídem, por fin soldados de a pie también de ambos sexos, todos sin uniforme de gala ni aire marcial. La absoluta igualdad de sexos debe prevenir, imagino, los abusos y la inutilidad del servicio militar que tuvimos nosotros hasta que en época de Menem se derogara de golpe, en operación política reservada, la ley de servicio militar obligatorio.

Ese mecanismo reservado, no conocido con antelación por el público, fue también adoptado por el Congreso para la suscripción del tratado de Roma sobre crímenes de guerra y la corte penal internacional. No soy el único que se cuida de una sociedad altamente conservadora y sus mecanismos de poder real...

Como trabajaba hacía años en el bar y conocía todos sus mecanismos, costos y precios, la asistente social que vino sin aviso previo, me encontró sin mis padres y me escuchó en detalle sobre el negocio; quedó conforme e hizo un informe favorable.

Gracias a ello y a que mi padre hizo el sacrificio espiritual, contrario a sus creencias de principio, de ayudarme a obtener la eximición del servicio militar obligatorio, con más su muy desmejorada salud, pude terminar con éxito mi primer trámite y seguir estudiando sin perder el tiempo corriendo, barriendo y limpiando, en el mejor de los casos.

Celebro que mis hijos no hayan hecho tampoco el servicio militar y que, finalmente, se lo haya eliminado, espero que para siempre. La guerra es cuestión de profesionales que elijan su vocación.

Circula una escalofriante propuesta de reimplantar el servicio militar obligatorio para forzar la inserción institucional de los jóvenes sin trabajo ni estudios. Si lo hacen, no arreglarán el narcotráfico que les preocupa pero sepultarán para siempre el poco Estado de Derecho que aún nos queda.

4. *El hijo del gimnasta*

Rindo aquí tributo a algunas de mis lecturas adolescentes, como *El árabe y El hijo del árabe*. Acá le doy un tono zumbón.

Creo que no me empujó a hacer algún deporte o actividad física, porque él hizo actividad física por dos generaciones, la suya y la mía. Mis hijos han retomado la posta que yo dejé caer, con deliberada distracción y conste que tampoco hice nada para que la retomaran. Lo hicieron por su cuenta, por iniciativa propia. Yo sabía que *algo* debía hacer, pero nunca tuve grandes proyectos ni mucho menos. Por necesidad y no por vocación, a mis 75 años he comenzado un régimen de dos a cinco clases semanales de gimnasia postural.

Cuando rendí las condiciones en el Tiro Federal Argentino, no podía siquiera pegarle al blanco. Fui al oculista y descubrió un punto ciego en el centro de mi ojo derecho, por lo que cuando hace pocos años comencé a practicar con distintas versiones de pistolas de 9 mm., utilizo la posición militar de extender ambos brazos y no hago mira con un ojo sino con los dos, o a lo sumo con el izquierdo.

En la soledad del campo es necesario contar con armas, para disuadir a la eventual amenaza; además, claro está, de tener rejas y postigos de seguridad, zanjas perimetrales (de riego, forestación y seguridad), perros guardianes, sistemas de alarma y seguridad, personal armado, precauciones complementarias y *sobre todo nada valioso que justifique un asalto tipo comando. No recuperarían ni el valor de la nafta.*

Un menor de edad, nieto de ex-empleados, ha realizado ya dos hábiles intrusiones, una de ellas sin que sonara la alarma; como no encontró nada de valor para llevarse, la segunda vez buscó comida y se llevó atún y yogurt. No da para una instancia judicial pero sirve para testear y mejorar las alarmas y extremar los cuidados de no tener nada de valor en la casa. Debiéramos agradecerle que nos ayude a estar alertas y asegurarnos de no tener nada, salvo algo de comida y alguna manzana, en recuerdo a la canción de BRASSENS. La empresa que maneja las alarmas dice en cambio que “se come un garrón” y mejora sus precauciones.

En una época se me dio por hacer varias cosas al mismo tiempo, durante algo así como cinco años: Reiterada gimnasia aeróbica (varias clases por día), pesas, mucho estiramiento, mucho yoga. En Plaza San Martín, podía haber alguien desinformado pero bienintencionado que preguntaba si me sentía bien, cuando la posición parecía demasiado rara; todavía hoy, cuando quiero estirar mi cintura en una posición del yoga, debo interrumpirla para atender el solícito requerimiento “¿Se encuentra Usted bien, Señor?” Una vez, alguien más informado me dice “¡El cuchillo, el cuchillo!” o sea, operarme.

En ese mismo período hice meditación (nunca tuve introspección alguna por ese medio), teatro (aprendí mucho durante tres años, en varias clases semanales tanto de comedia —o sea, tragedia— como generales con NORMAN BRISKY), expresión corporal, lo que encontré.

Una doble curiosidad la presenta una de las actividades que era parte de los cursos de teatro: Realizar una actividad ridícula delante del casi centenar de compañeros (dos o tres éramos gerontes, los demás, veinteañeros, todos tratando de encontrarnos nosotros mismos). Tuve una idea y pedí hacer el ejercicio. Fui el primero. Para el caso hice una imitación, lo mejor que pude, de una de las más difíciles danzas rusas, en que el bailarín, de cuclillas y con los brazos cruzados, extiende alternativamente cada pierna hacia adelante.

Casi de inmediato NORMAN BRISKY da por terminado mi ensayo, se me acerca y me elogia al oído, "¡Qué coraje, Agustín, qué coraje!" O sea, cumplí a pleno la consigna de hacer algo ridículo. En esa época yo era flaco, estaba en buen estado atlético y era muy flexible (aún lo soy): En mi autopercepción hice bien la danza rusa, no con ridiculez. Pero mi inconsciente me conocía mejor que mi conciencia y por eso me dictó ese ejercicio, para cumplir con la consigna de hacer el ridículo.

Un antecedente que mi inconsciente debe haber registrado y aplicado fue que en la escuela secundaria el profesor de música nos reunía a los alumnos para seleccionar candidatos al coro. Debíamos cantar algunas estrofas de una canción patria, pero le bastaron dos notas para excluirme.

Obedecí entonces, aún sin convicción, al inconsciente, con óptimo resultado. Una de las condiciones para ser actor es no temerle al ridículo. Nunca le temí. Dejarse guiar por el inconsciente es necesario, pues es mucho más inteligente, usa más neuronas y conexiones neurales, todo a una velocidad y por un proceso que la conciencia no logra registrar.

También hice una muy completa y detallada lectura de cuanto texto oriental pude encontrar: Hinduísta, chino, zen (*El arte del tiro al blanco*), árabe. Enriqueció bastante mi cultura e inteligencia, no creo que haya mejorado mi espíritu.

Finalmente, tomó la posta principal en mi desarrollo intelectual el impacto de las tecnologías de la información, que seguí desde muy temprano aunque no de manera consistente, más bien por etapas de intensa dedicación de tiempo, dinero y alta concentración mental.

Como se ve, de deporte, casi nada. Sobre 75 años, cinco de ejercicio intenso. (Pero luego algo de gimnasia postural, por obligación.)

BERNARD SHAW tenía buenos comentarios cáusticos para los críticos. En verdad, para todo el mundo. Con frecuencia los cuento, como todos los chistes que recuerdo. De acuerdo al tomo III de FREUD, sé que el chiste habla de mí, desde el inconsciente.

Pero no trato de controlarlo: Ése también soy yo.

5. *La vida continúa. Y termina nuevamente*

Mi padre sabía desde temprano que ser escritor estaba entre mis posibles vocaciones. Lo habíamos charlado más de una vez y las posibilidades, tal como él las resumía, estaban entre ser escritor, político, filósofo o abogado.

En esa evaluación que hacíamos yo pensaba que como filósofo me moriría de hambre pero que como abogado me podría ganar el pan y luego estudiar filosofía, en tanto que como escritor todo dependía de que pudiera escribir *algo*, lo que no parecía demasiado probable pues había hecho algunos intentos infructuosos. Ni un cuento, ni una poesía, nada. *Ni una idea*. No exploramos mucho la opción de la política.

Buscando ayuda, fui en 1955 a un Instituto de Orientación Universitaria que tenía entonces la Universidad de Buenos Aires. Me acuerdo que éramos pocos aspirantes pidiendo orientación. Nos tuvieron dos o tres días completos haciendo toda clase de dibujos, ensayos, números, trabajos sobre el pizarrón, *tests*, algunos de los cuales recuerdo con bastante precisión, como así también cómo y en qué términos me dieron razón del sorpresivo dictamen verbal que transmitió el director del instituto en persona, en su escritorio:

—“Su orientación es claramente la arquitectura.”

—“Pero yo odio la arquitectura.”

Palabras irreflexivas de adolescente. Solo creía odiar la medicina y tampoco era cierto.

—“Entonces puede estudiar ciencias exactas.”

—“Odio las matemáticas.”

En verdad, mucho no me gustaban, pero había sacado notas altas en la materia durante la secundaria y recibido felicitaciones. Parece que tenía aptitudes para ella, me gustara o no. Cuando le pregunté por qué me decía lo de las matemáticas, me mostró cómo había tratado una progresión, que era cuestión de lógica, no de números. Era la progresión FIBONACCI, que no resolví pero al menos había advertido que tenía un sentido a descubrir.

—“¿Usted qué quiere estudiar entonces?”

—“Estoy dudando entre filosofía y letras o abogacía.”

—“Puede estudiar cualquiera de las dos, no hay nada que indique lo contrario en los estudios que le hicimos.”

Muchas veces me tocó trabajar en equipos interdisciplinarios de consultoría, entre otros profesionales, con arquitectos: De ellos aprendí acerca de sus criterios

profesionales y con el correr de medio siglo he descubierto *que mi vocación era efectivamente, entre otras cosas, la arquitectura.*

Me gustan las formas y texturas, las proporciones, las distancias, la profundidad, la belleza, las sombras, los colores y hace años que me peleo con los arquitectos por las percepciones de ellos acerca de estos elementos en cualquier construcción en la que tenga algo que ver. Ese gusto lo ejercito por puro placer y sin ninguna finalidad útil que no sea entretenerme.

Acepto ahora como correcto aquel consejo recibido a los 17 años, aunque no lamento no haber estudiado arquitectura, quizás tenga que ver con una absoluta incapacidad innata para el dibujo, la música y la danza.

Como dato curioso, algunas de mis pocas pesadillas y casi todos mis sueños tienen abundante riqueza arquitectónica.

En la escuela primaria mi amigo Okada y mi hermana me hacían los dibujos para el cuaderno y en la secundaria, *Dibujo* fue la única materia en que me fui a examen. En el examen de diciembre tenía que dibujar a lápiz una flor de lis y hasta la profesora se apiadó de mí y me corrigió el dibujo, durante la prueba, para que pudiera pasar de año. En el campo elegí las terminaciones en flor de lis para las chapas de los techos, no por inclinación ni pretensión aristocratizante, sino como humilde homenaje y gratitud de mi inconsciente (no fue deliberado) a mi profesora de *Dibujo* del primer año de la secundaria.

Tal como lo traté con mi padre, terminé derecho y me anoté en filosofía y letras, pero mientras tanto avancé mucho y pronto como profesor en derecho, con lo que me sentía incómodo con mi traje y corbata de abogado, estudiando con adolescentes de filosofía y letras vestidos como tales. Añoro, pero no lamento, no haber tomado ese derrotero.

Por eso y alguna razón más *que n'a rien à l'histoire*, pero mis hijos conocen, abandoné la carrera.

Todavía no había estudiado con NORMAN BRISKY como para adoptar el disfraz adecuado y en todo caso lo suplanté con los estudios de teoría general del derecho y, por ende, de filosofía, por mi cuenta y con ayuda, pero no por sistemas curriculares.

Se va viendo así cómo fui juntando diversas carreras en mi vida, superpuestas como muñecas rusas o cajas chinas, pues *escribo* sobre derecho con una preocupación filosófica y también sociológica. No estaba en el paquete adolescente inicial, pero era parte de mi preocupación fáctica, pronto adquirida gracias a BIELSA. También hice algunos gráficos que ahora se pueden ver en los tomos 8 y 11.

Cada vez he tratado de ir mejorando mi estilo literario y si bien no puedo decir que he liberado la pluma, al menos esta vez no estoy escribiendo sobre derecho,

sociología o filosofía sino sobre mí y mi padre. Aunque por mi vida dedicada a aquellas preocupaciones, todo termina siendo un círculo.

De arquitectura, nada: No estaba en mí esa llama creadora, aunque he estudiado bastante sobre acústica para aislarme de los ruidos que no me atraen. Me complace el ruido del agua, las cascadas, las fuentes, la lluvia, el mar sin oleaje, las hojas de los árboles, el viento. Puedo concentrarme en escucharlos o tenerlos como sonido blanco mientras me concentro en cualquier otra cosa.

Si tomo la muerte de mi padre como el momento de comenzar este capítulo no es como falta de respeto sino como acto de amor y confianza, la que muestra PEDRO MAIRAL cuando hace cuentos en primera persona en que un hijo habla de su padre.

Uno siente que es HÉCTOR, el padre, el que está siendo mentado, pero no puede dejar de olvidar que es un cuento, entre tantos otros cuentos extraordinariamente bien escritos, creíbles e inverosímiles al mismo tiempo. Como soy amigo de HÉCTOR, sé que ama a PEDRO y no le importa en absoluto el uso que PEDRO haga de su figura, cierta o imaginaria, en sus cuentos. Al contrario, debe darle placer y orgullo, estoy seguro de ello.

Aquí hago uso de una figura paterna cierta y mis propias anécdotas son también ciertas, pero lo que estoy escribiendo es un intento, bueno o malo no me importa todavía, de esfuerzo literario. Como dice el mismo PEDRO MAIRAL, “No es que la realidad supere a la ficción, lo que pasa es que no necesita ser verosímil. La realidad es absurda, inverosímil, imposible.” (“Historia por entregas,” *Perfil*, 21-I-2012, p. 38.)

Es así un homenaje a mi padre retomar un poco una de mis últimas vocaciones adolescentes que había quedado nonata al momento que él me animó a seguir estudiando, todavía incumplida a su muerte.

6. *Mentira y verdad. Andalucía. Moral luterana. La lógica de mis viajes*

Como relaté, este libro se basa en lo que me acuerdo de lo oído a mi padre y lo que recuerdo y considero apropiado de mi vida y de la suya, así que tiene el doble o múltiple filtro de la memoria de él y la mía, más el filtro adicional de mi selección de recuerdos y el filtro casi final de lo que mis amigos me han aconsejado omitir. Tal vez por esas omisiones es que escribo y escribo, dando vueltas asimétricas y círculos no concéntricos, para que el lector tenga para armar la parte del rompecabezas que crea que valga la pena.

Mi padre era muy orgulloso y pretendía tener razón, cualidades que mi mujer me dice que he heredado. Si oigo razones opuestas, por supuesto que las escucho y analizo; lo que no parece lógico, en cambio, es que sin ningún argumento nuevo cambie de opinión por la mera repetición del mismo argumento contrario.

Creo que eso era lo que tenía mi padre, pues siempre le escuché argumentos y razones, nunca el principio de autoridad salvo que se tratara de una orden de trabajo. Creo que fue dialogando con él, desde la infancia, que aprendí a pensar. Mis amigos dicen que escucho todas las opiniones y luego resuelvo lo que me parece. Es cierto.

Él no era tan exagerado como sí lo soy yo. Rasgo andaluz, me parece, de la lejana historia familiar. En todo lo demás, se me hace claro que justifico y excuso su figura, pero así es como lo recuerdo. ¿O acaso si había momentos malos o fallas de su carácter, tengo obligación moral de recordarlos, contarlos y quizás juzgarlos, cuando yo no viví su vida? No soy un historiador, soy un hijo que escribe sobre su padre para sus afectos y sus lectores.

Tengo presente los momentos buenos, los demás no están en mi conciencia. Con lo cual soy feliz y puedo sentir que he sido feliz, aunque los demás no puedan percibirlo desde afuera.

Los datos reales que proporcione, más los muchos que callo, les darían la razón si la vida hubiera de ser juzgada por el prisma de los demás en lugar de quien la ha vivido y la recuerda como la siente. Esta es mi vida y soy quien tiene el derecho de contarla como me plazca, en tanto sea útil y de interés para el lector y mis seres queridos.

Mi infancia y adolescencia de trabajo y estudio intenso me han permitido triunfar temprano en la vida y disfrutar más tarde de muchas comodidades y placeres, hasta el día de hoy, actualizándome sin cesar en tecnología sin importar demasiado su costo, así como en otras épocas compré cuanto libro me interesó y viajé cuanto quise con igual comodidad, con la sola limitación de haberme construido una moral casi luterana con motivo de mi origen humilde: Necesito una excusa que tenga fundamento en el deber, para sentirme justificado en viajar.

Mi mujer ha logrado, en los últimos años, una combinación que nos funciona: Viajamos juntos a Europa, ella se queda en algún circuito turístico de su elección y yo voy a mi destino profesional o académico y al final de mi periplo nos encontramos para hacer otro paseo juntos. Es una combinación feliz para ambos.

Así conocí, de paseo, Praga. Deliciosa, llena de pequeñas iglesias con conciertos; paseos, el río, la casa de KAFKA; revivir e imaginar *El castillo* en la sombra omnipresente que se ve desde cualquier ángulo de la ciudad y sobre todo desde abajo de su cima, donde se encontraba la morada del escritor. (Sí, sé que la sombra en la cúspide es de la catedral, no del castillo, pero el escritor podía tomarse su licencia literaria, ¿no?)

7. *El escritor y su tecnología en viajes*

Así estuve en Londres... escribiendo en el sótano de una casa de chascos que tenía computadoras (no había llevado una *notebook* y aún no existía la tableta), para hacer los primeros borradores de lo que luego fue mi libro *The Future of Latin America*, Londres, 2003, accesible en <http://www.gordillo.com/tfola.html>. Mi mujer recorría Londres durante el día, yo escribía en el sótano, tratando de no oír la máquina de chascos que, en la vereda, repetía ruidosamente el sonido de ¡Un vómito!

A la noche íbamos al teatro, incluso un espectáculo tipo *Bollywood*, pero también disfrutamos teniendo la experiencia teatral medieval de la representación en *The Globe (A Midsummer Night's Dream*, de lo que dejé versos ajenos y parodias propias en *The Future of Latin America*.) Viajamos también a Stratford-upon-Avon para ver *The Tempest* y yo, en el hotel, seguía escribiendo a mano.

Hicimos un paseo a Escocia, en tren y como seguía pensando, al llegar a Edimburgo y comenzar el paseo, vi otra casa de computación, le pedí permiso a mi mujer, la dejé hacer el paseo sola y seguí con el libro... Como no sabía cuan fructífera habría de ser mi escritura, no se me pasó por la cabeza comprar otra *notebook*.

Londres, París, Praga, Roma, Venecia, Atenas y las islas griegas, Ginebra, Nueva York, Washington D.C., son lugares que adoro, donde lo pasamos magníficamente bien, donde hemos paseado, disfrutado, pero donde mi excusa inicial era algo de trabajo. Así en el resto del mundo.

Claro está, al Caribe (especialmente Aruba), Miami, Las Vegas, Nueva Orleans (y otra vez Venecia, París, Londres entre otros), fuimos sin excusa de trabajo, meramente a disfrutar. Toda mi vida pasé algunos días en Nueva York cada vez que pude, por placer y con provecho intelectual.

La *primera* vez que estuve en Venecia fue invitado por FELICIANO BENVENUTI para hablar sobre *La administración paralela* (que él había prologado, hecho traducir y publicar en Giuffrè) desde un palacio gótico mirando de reojo al Gran Canal...

Fui con ella a Milán a un seminario sobre dicho libro: *Parole lette come introduzione al seminario sul libro "L'Amministrazione Parallela,"* Universidad Bocconi, Milán, <http://gordillo.com/articulos/art7.pdf> (gratis en los *iBooks*) lo que me permitió volver a reflexionar sobre mi temprana pero infructuosa vocación literaria.

No es que haya mejorado sino que me siento con algo más de libertad interior para escribir. Pero no tanta, como allí lo explico a propósito en italiano. Al reducirse el universo de lectores, se disminuye el eventual impacto negativo del pensamiento. Creo que mi inclinación a escribir y publicar en otros idiomas o

países fue para morigerar y dividir el posible desafío que mis ideas pudieran provocar. No logro entender por qué, pero en mi país mis ideas terminan con frecuencia siendo *risquéas*, sin intención expresa de hablar así.

Publicar afuera en castellano, a su vez, me sirvió muchas veces para testear la opinión pública local sin necesidad de enfrentarla ya mismo del todo.

Antes de las computadoras, viajaba con una *máquina de escribir* portátil, una *Remington Noiseless* y tuve varias otras marcas a lo largo de la vida. Luego adquirí cambiantes *computadoras portátiles*, a veces compradas en el exterior porque eran más modernas, pero que luego terminaban arrumbadas por el cambio tecnológico.

Aprendí a no esperar el nuevo *subsiguiente* mejor modelo, porque ése llega demasiado tarde. Todo modelo deviene obsoleto, gracias a Dios; ello ocurre en lapsos de tiempo cada vez más cortos y es absurdo esperar. Cuesta mucho dinero estar al día, es cierto, pero también rinde dinero, por la creciente eficiencia y rapidez que se logra en el trabajo.

Y a la inversa, se pierde mucho dinero estando atrasado en tecnología por la menor eficiencia que se tiene para trabajar.

De todas maneras, reciclo las *PC's* de mi mesa con las del escritorio de mi mujer, las tres o cuatro del estudio, la de mi TV del dormitorio con *WiFi* e *Internet*, entre otras cosas. Es un gran caos, que en todo momento necesito me ayuden a desenredar, corregir, utilizar, aprender, actualizar, re-actualizar, re-re-actualizar. Ese caos es también físico de papeles y libros sobre mi mesa de trabajo, que es el comedor de casa...

Como dice PEDRO MAIRAL, con el humor de sus genes, ahora habrá que empezar a guardar los malos libros, porque los buenos estarán todos en *Internet*.

Yo debo apostar a que mis libros sean de los segundos y por eso primero los subo al ciberespacio.

En el siglo XXI, un libro escrito de manera digital debe ser dado al público de ese modo, al menos; si se lo desea, también en versión papel, pero parece un total desperdicio hacer la impresión en papel y no la previa distribución gratuita en la forma digital en que está compuesto. Mi experiencia es que conviene subirlos gratis a *Internet* en primer lugar.

8. *No hacer nada*

Mi padre no podía verme no hacer nada. Si me veía desocupado, me mandaba hacer algo, así fuera limpiar nuevamente lo que había limpiado antes. No era cuestión de desobedecerle.

No llegó nunca a pegarme, ni amenazar con pegarme, ni darme ningún tipo de castigo, ni amenaza de castigo; ni siquiera quitarme premios o permisos. Su

mirada era suficiente. Jamás la sentí amenazante, por lo demás: Solo firme y afectuosa.

Incluso un recuerdo que afloró en el 2014 lo viví como sanción moral, no material: *Supra*, cap. III, § 9.3, nota, p. III-13 / 137; conoedor de su fuerza, su tomada de mi oreja no dolió, solo el bochorno de llegar así a la escuela.

Toda su vida fue empujarme a hacer *algo*, liberarme, darme confianza, soltarme hasta mis límites, hacerme volar; en definitiva y en los hechos, leer y estudiar, dos actividades mancomunadas a las que poco después agregaría, con igual indiferenciación, escribir.

En cualquier caso, esa amenaza pendiente sobre mi cabeza, que si no hacía nada tendría que hacer algo que él me ordenaría, llevaba a que la conducta más auto-protectora para mí fuera estudiar o al menos leer, pues entonces no interrumpía mi actividad.

Nunca controló qué era lo que leía. Gocé de total privacidad. Y me quedó, como necesidad, siempre leer algo.

Cuando viajo hago alto consumo de la prensa de varios países cuyos diarios son económicamente menos accesibles en nuestro país y además a veces llegan un día después.

También están en Buenos Aires, por cierto, pero afuera tengo más tiempo para leer los diarios del día, que aparecen en ediciones múltiples en distintas ciudades del mundo desarrollado: *The New York Times*, *The International Herald Tribune*, *The Guardian*, *The Times* y lo que vaya encontrando en los quioscos.

Una vez un quiosquero ginebrino me preguntó lo que en mi adolescencia preguntaban a mi padre, si los leería todos. Opté por el instinto paterno de contestar que sí, aunque hay varias secciones que no suelo leer y otras como las deportivas que jamás miro. Lo que sí leo, con diversos grados de atención y detalle, son las noticias que despiertan mi interés. Me concentro más en los artículos de opinión, y las miniactualizaciones que aparecen en diversos campos del conocimiento humano.

Lo macabro no suele interesarme, aunque estuve tres días en Buenos Aires pegado a los canales internacionales de cable cuando ocurrió el ataque a las *Twin Towers*.

Cuando viajaba más al interior del país arrasaba con un ejemplar de cada uno de los principales periódicos disponibles. Un quiosquero mendocino me preguntó una vez, *en palabras que no recuerdo*, si mi trabajo tenía que ver con la opinión pública; era un modo diverso de preguntarme por qué compraba tantos diarios. Mi trabajo me acerca a la cosa pública: La actualización y contraste de opiniones diversas sobre la realidad ayuda a pensar el pasado, presente y futuro de la vida política.

9. *El miedo a mis notas*

Algunas colegas y amigas de la docencia universitaria que fueron alumnas mías en el pregrado, me confiesan haberme tenido miedo como alumnas, pero que día a día me evocan en algo en sus tareas. En otras palabras, mis cursos les resultaron formativos. Al menos no recuerdo haber hecho llorar a ningún alumno o alumna, como algún colega mío de aquellos tiempos sí lo hacía.

Algunos médicos y dentistas experimentan lo mismo, resienten tener un paciente que dé su consentimiento verdaderamente informado, que consulte la *Internet* y otros médicos, recuerde y tenga versión digital de todos los estudios, diagnósticos y tratamientos pasados, sobre todo de los más recientes. Otros, seguros de sí mismos, enseñan y admiten aprender frente al paciente.

Volviendo al miedo que se me dice inspiraba, algunas anécdotas pueden explicarlo. Cuando comencé a dictar los nuevos cursos de promoción sin examen, resultó una experiencia inédita en la Facultad, con cupo limitado; la mitad correspondía a alumnos por promedio y la mitad por sorteo. Tuve así una extraña mixtura de alumnos. Algunos estudiaban porque eran excelentes y era fácil calificarlos sin examen. Otros en cambio hacían esa tarea más compleja.

En el primer curso, que empezaba a las ocho de la mañana, algunos se quejaban por la puntualidad de la hora de inicio. "Solo falta la sirena de la fábrica," me decía aparte un vago de Avellaneda.

En los cursos posteriores hube finalmente de tomar exámenes parciales y poner notas parciales que luego promediaba, para que el curso tuviera algo de previsibilidad para los cursantes de estos nada plausiblemente denominados cursos de promoción "sin examen." La eterna lucha por recibirse sin estudiar, por pasar sin aprender: Lo he visto en todos los niveles de la educación superior y no parece que esté en vías de disminuir ni menos desaparecer.

También hubo cursos experimentales de parciales escritos, sin asistencia obligatoria. Tomé siempre los exámenes con casos y problemas, a libro abierto. Y comencé a calificar de "0" a "10," lo cual significó poner, en exámenes escritos, muchos "0,25," "0,50," "0,75," para luego oír la argumentación que la sola firma valía "1." Como todavía no se había comenzado a divulgar el tema de los derechos humanos, nadie argumentó a tiempo que eran notas degradantes o humillantes. Pero si alguien no logra escribir ni una línea, teniendo los libros, ¿qué nota merece?

En mis últimos tiempos solo ponía "Ausente" a los no aprobados. Cambié en cualquier caso de sistema y comencé, al llegar a la titularidad en 1969, a poner nuevamente "3" para el insuficiente, aunque muchas veces otros colegas de la mesa examinadora preferían el "2" para evitar el argumento: "¿Por un puntito me reprobó?" Anoté el transcurso de cada examen oral, con subnotas internas en cada subtema que preguntaba.

Casi toda mi vida tomé notas de cada entrevista o reunión: Era un resabio de mis tiempos de estudiante en que tomaba nota minuciosa de lo que leía. (*Supra*, cap. II, § 20 y 21, pp. II-31 / 97 - II-36 / 102.) Ello llevó a mis colegas de la OEA a inventarme un lema: “Nada se dice, todo se escribe,” como cuento *supra*, cap. I, § 3.1, pp. I-5 / 49. Sobre el tema de las notas puede verse también el *mail* incluido en el Libro II, cap. II, § 19, p. M-67 / 435 a M-68 / 436.

